

## ***“... de escrutinios de librerías tan donosos...” (De Cervantes a Iwasaki)***

Eddie Morales Piña

*“Habeat Librarius et registrum omnium librorum ordinatum secundum facultates et auctores reponatque eos separatim et ordinate cum signaturis per scripturam applicatis”.*

*“Tenga (el monje) bibliotecario un registro de todos los libros ordenado según materias y autores, y los coloque separadamente y en orden con las signaturas puestas por escrito”.*

*(Umberto Eco, El nombre de la rosa).*

Hace algún tiempo al visitar la oficina de un colega de mi universidad, descubrí que en uno de los anaqueles de su biblioteca había una pequeña postal que tenía el siguiente texto:

*“Hai excomunió n reservada a Su Santidad contra qualesquiera personas, que quitaren, distraxeren, o de otro cualquier modo enagenaren algú n libro, pergamino, o papel de esta biblioteca, sin que puedan ser absueltas hasta que é sta esté perfectamente reintegrada”.*

Prestamente le pedí prestada la tarjeta y le saqué una ampliación, poniéndola luego en mi propia oficina donde mantengo una pequeña biblioteca con los libros que consulto para mis clases; lo mismo hice en mi biblioteca que poseo en mi casa. Las personas que llegan a mi lugar de trabajo, leen el texto y preguntan de qué se trata; entonces les explico que esa sentencia está en la biblioteca de la Universidad de

Salamanca y que es una modalidad de un *ex libris*, es decir, de una fórmula retórica de propiedad o pertenencia de una obra de una colección privada o pública. Hoy en día, la expresión *ex libris* está casi desaparecida y, sin embargo, sigue demostrando desde tiempos inmemoriales la celosa huella del bibliómano. Mi amigo el profesor José Promis, conociendo este *ex libris*, en uno de sus viajes a Salamanca como profesor visitante, encontró la misma fórmula, pero en una hermosa porcelana; grande fue mi sorpresa cuando a vuelta de un correo suyo en el interior de una encomienda venía el obsequio.

Hace poco, Joaquín Gallastegui, el poseedor de la mentada tarjeta inicial, anduvo por las tierras de España –que también son las suyas-, y me ha traído otro *ex libris* editado por Padilla Libros de Sevilla, y cuyo texto reza:

*“Cada libro desta biblioteca es parte de la vida de sus dueños. Non pida prestada vida ajena porque así se olvida la propia. Que el diablo hace negocios con olvidadizos y el olvido es la negación de la amistad”.*

*Ex libris* es un término bibliográfico derivado de una expresión latina que, completada por un nombre en genitivo, significa literalmente *de los libros de...*, y se manuscibía en la primera página de los códices como forma de propiedad. Probablemente, empezaron a usarse desde mediados del siglo XV en Alemania, y desde entonces se revistieron de calidad artística al ser grabados o dibujados por artistas famosos sobre todo a partir del siglo XVII. Después la expresión retórica ha pasado a designar la contraseña que se ubica al interior de un libro y que contiene, además del nombre del propietario de la obra, otros elementos como por ejemplo un emblema, un

lema, una figura alegórica. Al decir de Marc Sagaert, “el ex libris indica el deseo de propiedad y de reconocimiento del bibliófilo; nos revela su nombre y a veces su renombre”<sup>1</sup>. Por otra parte, estas viñetas que ahora constituyen objetos de colección y estudio, pueden permitir la reconstitución de una colección, “tanto en caso de préstamo, como de donación, de legado y hasta de robo o pérdida. Está ahí para recordar al lector que posee el documento pero de manera transitoria, que la obra debe *ritornare a casa*”<sup>2</sup>.

Poco después de que se inventara la imprenta, no era extraño encontrar incunables con inscripciones como “*Hic liber est meus quem mihi Deus*” (“Este libro que Dios me ha dado, es mío”). Otras variantes resultan amenazadoras, como esta inscripción: “*Testis est Deus. Qui eum rapiat, diabolus capiat*” (“Este libro es mío. Dios es testigo de ello. Aquel que me lo robe, será presa del diablo”). El mismo tenor amonestador tiene el primer *ex libris* donde se alude a la pena canónica de la excomunión a la que en aquellos tiempos todos temían, o la propia mención del demonio que “hace negocios con olvidadizos”, en el *ex libris* sevillano.

Poner el nombre propio en un libro significa apropiarse, en cierto modo, del espíritu del autor, pues “la posesión del libro supone indiscutiblemente algo mágico”. La posesión del espíritu del autor se expresa, entonces, mediante la presencia del *ex libris*; es la actitud típica del bibliófilo que a partir de su amor por el autor, ausente en el artificio de la escritura, alcanza el amor por el símbolo material que lo representa: el libro y el espacio que lo cobija, es decir, la librería o biblioteca. La aparición del *ex libris* en la cultura y su relación con el libro, lo conecta, además, con otras

---

<sup>1</sup> En Morales Piña, Eddie: *De literatura y religiosidad*. Valparaíso: Ediciones de la Facultad de Humanidades, UPLA, 1999.

<sup>2</sup> Idem.

manifestaciones del quehacer bibliográfico. He mencionado al bibliómano y al bibliófilo, que son dos variantes para calificar a las personas que muestran su filiación amorosa en torno a los libros, por cuanto ambas palabras han definido y caracterizado “el deseo inmoderado por los libros”. Charles Nodier en el siglo XIX, agregó el bibliófobo y el librero de viejo. Según él, el antibibliófilo es el bibliómano, pues es su perversión: “el bibliófilo sabe escoger sus libros; el bibliómano, los amontona”<sup>3</sup>; el primero, trabaja con una lupa; el segundo, con una toesa.

La librería de Alonso Quijano, parte de cuyo contenido bibliográfico nos es revelado en el capítulo VI del *Quijote* de 1605, nos muestra al ingenioso manchego como un bibliófilo ejemplar, ya que cuando el Cura y el Barbero conjuntamente con el ama y la sobrina de aquel entraron al espacio de la biblioteca de Quijano, “hallaron más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños”<sup>4</sup>. Lo más probable es que el manchego –si hago un poco de metaficción a partir de la ficción– haya manuscrito en cada uno de los ejemplares la marca de la propiedad de cada uno de los libros con la fórmula retórica a que aludí en los párrafos precedentes. Se desprende del capítulo que Alonso Quijano es un bibliófilo y no un bibliófobo, como lo es, por el contrario, el ama, quien no duda ir a buscar “una escudilla de agua bendita y un hisopo” para que el Cura asperje el espacio y lo libre de las influencias de encantadores, cuyos espíritus malignos habitan en los libros. Analógicamente, por tanto, los libros de la librería de Alonso Quijano se connotan como peligrosos y dañinos para la salud mental. Lo anterior nos deja a un paso de lo que va a acontecer a continuación y que dará origen en la historia de la ficción a una larga progenie de hijos putativos y bastardos de la acción que se llevará a cabo. Porque si la obra de Cervantes, se interrelaciona

---

<sup>3</sup> Morales Piña, Eddie, o.c.

<sup>4</sup> Cervantes, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: RBA Coleccionables. 1999. Las citas de esta obra en lo referente al donoso escrutinio están tomadas de la edición señalada.

hipertextualmente con las novelas de caballería, el episodio descrito y narrativizado en el capítulo VI se convertirá en el hipotexto de una serie bibliográfica que tratan de lo que se ha denominado el bibliocausto o biblioclasmo.

Inmediatamente después que el ama trae la escudilla con el agua bendita, el Cura ordena al Barbero que comience a pasarle los libros “uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego”. A partir del instante en que el Cura se convierte en censor y da al fuego los libros que, al parecer suyo, merecen ir a la hoguera, se instituyen la antinomia de lo que he descrito más arriba. La quema de libros por cualquier motivo o la destrucción de libros por odio hacia lo que contienen y más en concreto a las personas que los hicieron, argumenta Ángel Romera en un interesante estudio acerca de este fenómeno reconocible en la historia de la humanidad, desde la quema de libros ordenada en el imperio chino en 213 a. C., por el primer emperador del reino unificado, hasta la quema más reciente de las bibliotecas musulmanas de Sarajevo y Bagdad, pasando por la larga lista de bibliocaustos ficcionales, pero no menos destructivos para el espíritu humano y para su memoria y cultura, como lo vemos en el clásico de Ray Bradbury o en *Fantomas contra los vampiros multinacionales* (1977) de Julio Cortázar<sup>5</sup>.

Los libros de Alonso Quijano, los libros que constituyen su biblioteca y que nos muestran como un bibliófilo, comenzarán a hacer examinados en el *donoso y grande escrutinio*; sin embargo, el proceso que adquiere ribetes inquisitoriales, una suerte de *index librorum prohibitorum*, no es en sentido estricto un bibliocausto total por cuanto

---

<sup>5</sup> Romera, Angel, “Estela de los bibliocaustos generados por un capítulo de Don Quijote” : [http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/escrutin.htm/](http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/escrutin.htm) Este interesante artículo ha sido la motivación para mi propia escritura, fundamentalmente en lo referido a los términos de bibliocaustos. De alguna manera, este texto es también una estela o huella discursiva en el proceso de los “donosos escrutinios”.

este se alcanzará sólo cuando el personaje cervantino en el capítulo LXXIV del texto de 1615, abjure, casi en una parodia de un *auto de fe*, de toda la caterva libresca que lo condujo a comportarse como lo hizo, y más aún Alonso Quijano abjura del libro que “anda por ahí con el título de Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha”:

*“Yo soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas del andante caballería; ya conozco mi necesidad y el peligro en que me pusieron haberlas leídos; ya por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino”*<sup>6</sup>.

El bibliocausto que tuvo su origen en el capítulo VI remata diegéticamente en el instante en que el personaje en su lecho de muerte afirma de manera contundente;

*“...ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron el renombre de Bueno”*.

Alonso Quijano si nos atenemos a lo que dice el narrador en el principio de la historia, fue conformando su biblioteca sobre la base de una actitud muy simple: era un consumado bibliómano que leía día y noche, a veces hasta la llegada de la aurora. Y como dice el narrador, el manchego “vendió muchas hanegas de tierra de sembraduras para comprar libros de caballería”. De acuerdo al capítulo VI, la biblioteca de Alonso Quijano era una biblioteca-librería bastante costosa, pues tenía varios volúmenes muy bien encuadernados y en ella estaban algunos textos prestigiosos (entre paréntesis, le

---

<sup>6</sup> Cervantes, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: RBA Coleccionables. Tomo II.

doy al calificativo el sentido estricto que tiene, es decir, lo que es digno de renombre; se trata, por tanto de libros que en su devenir histórico están canonizados como clásicos). Entre estos hay que citar los que definitivamente se salvan del fuego por ser arquetipos, a saber, el *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Inglaterra* y *Tirante el Blanco*; además de *La Diana* de Jorge de Sotomayor, a pesar de la inquietud de la sobrina de Quijano, que teme que su tío el día de mañana piense en transformarse en pastor; también se salvan del bibliocausto tres libros escritos en verso heroico, entre ellos *La Araucana* de Ercilla, como también *La Galatea* de Miguel de Cervantes, fenómeno de la autorreferencialidad que tendrá un desarrollo manifiesto a lo largo de la narración.

Durante el avance del escrutinio de la librería de Alonso Quijano, tanto el Cura como el Barbero tienen muy claro del procedimiento a realizar, por cuanto están de acuerdo en las virtudes o los pecados de los libros examinados; en cambio, el ama y la sobrina sólo piensan en echarlos al fuego, mientras que los hombres deciden cuáles de los libros definitivamente se irán a la pira y cuáles se salvarán llevándoselos para sus respectivas casas. En lo que sí están de acuerdo tácitamente los cuatro es en hacer desaparecer literalmente la biblioteca, no sólo quemando los libros sino también tapiando, clausurando, amurallando el espacio de la biblioteca, en definitiva, censurando. El verbo censurar tiene de por sí connotaciones negativas, que en el caso del texto cervantino apuntan a los procedimientos inquisitoriales. Pero hay otro detalle importante en este episodio del tapiado del espacio de la librería o de la biblioteca que entraña también connotaciones insospechadas, esto es, que el espacio es un *topos diabolicus*. El espacio de la biblioteca de Alonso Quijano es un recinto cerrado, es un refugio del personaje donde este se refocila leyendo sus novelas de caballería y demás libros *pecaminosos* (en cursiva, lo pongo y en sentido irónico); en este *topos*, Quijano se

enclaustra para desde allí salir luego al espacio abierto de la meseta castellana cuando le viene en gana poner en acto lo aprendido en los libros, con una voluntad de ampliar un mundo bibliográfico que se había vuelto claustrofóbico. Umberto Eco sostiene en relación a este punto, que “esa biblioteca, llena sólo de novelas de aventuras, era una biblioteca *de la que se sale*. Y, en efecto, la historia del divino Don Quijote empieza precisamente en el momento en que nuestro héroe decide abandonar el lugar de sus fantasías librescas para aventurarse en la vida. Lo hace porque estaba convencido, en el fondo, de que en esos libros había encontrado la verdad, por lo que bastaba con imitarlos, reproducir sus empresas”<sup>7</sup>.

(Entre paréntesis, he dicho –antes de citar a Eco-, que don Quijote sale al mundo desde el espacio cerrado para aventurarse en él. La sensación de enclaustramiento la he tenido cada vez que me he enfrentado como lector con un cuento escrito por Jorge Luis Borges en 1941 titulado *La biblioteca de Babel*, donde el narrador desde la apertura discursiva del relato dice que la biblioteca es el universo. La biblioteca borgiana es “una biblioteca de la que *no se sale* y en la que la búsqueda de la palabra verdadera es infinita y sin esperanza”<sup>8</sup>).

El vocablo claustrofóbico encierra también connotaciones ominosas para quien tiene el palpito de sentirse encerrado permanentemente en un espacio. Sin embargo, siendo una palabra compuesta, en su primer término conlleva el origen primario, es decir, el recinto, la galería que cerca el espacio principal de una iglesia, convento o abadía. Semánticamente, el término proviene del ámbito de lo religioso. Y en toda abadía que se precie en los siglos medievales, el espacio de la biblioteca ocupaba un

---

<sup>7</sup> Eco, Umberto: “Entre La Mancha y Babel”, en: *Sobre literatura*. Barcelona: Océano-RqueR editorial. 2002.

<sup>8</sup> Idem.



lugar principalísimo, al igual que el *scriptorium*, el recinto donde los monjes se dedicaban al copiado de los textos, a la técnica de las miniaturas que encabezan los manuscritos.

El bibliocausto llevado a cabo por el narrador de Umberto Eco en su novela publicada en 1982, *El nombre de la rosa*, es interesante de consignar y traer a cuento desde mi propia librería-biblioteca. Como el *lector avisado* recordará, el semiólogo italiano eligió un monasterio benedictino para situar la historia detectivesco-policial, con matices y controversias teológicas entre medio, que se desarrolla en la Edad Media. La escogencia del monasterio benedictino no es casual ni azarosa, ya que esta orden ha privilegiado la conservación y la transcripción de manuscritos. La vida de los monjes gira en torno al *scriptorium*. Históricamente, la biblioteca ocupa el lugar central del claustro, y por ende de la vida de los monjes. En la novela, la biblioteca de Jorge de Burgos estaba cerrada a todos, a excepción de los pocos bibliotecarios. Como argumenta Walter Stephens, “el *scriptorium*, lugar donde se realiza la repetición textual a través de la lectura y de la escritura, está subordinado por completo a la biblioteca, que es una ciudad prohibida de custodia”<sup>9</sup>.

En la novela de Eco, el bibliocausto acontece hacia el final de la misma cuando los hechos investigados por el monje detective van teniendo solución. En este texto el libro encerrado en la biblioteca laberinto es la segunda parte de la *Poética* aristotélica, donde el filósofo define el carácter de la comedia y habla de la risa como de una “fuerza buena” que puede tener un sentido cognoscitivo, cuando a través de enigmas ingeniosos se llega “a cosas distintas de lo que son, como si mintiese”. Ante esto el bibliotecario

---

<sup>9</sup> Stephens, Walter: “Un eco in fábula”, en: *Ensayos sobre El nombre de la rosa*. Barcelona: Editorial Lumen. 1997.

envenena el manuscrito, por cuanto podía transformarse en fomentador de engaños y mentiras, de manera que todo el que lo toque muera. Tenemos así, entonces, constituido la idea de que la biblioteca se ha convertido en tumba de la intertextualidad, es decir, de la literatura. El libro convertido, por tanto, en metáfora de muerte en la obra de Eco.

El detective monje / monje detective de Eco afirma que:

*“El bien de un libro consiste en ser leído. Un libro está hecho de signos que hablan de otros signos que, a su vez, hablan de las cosas. Sin unos ojos que lo lean, un libro contiene signos que no producen conceptos. Y, por lo tanto, es mudo. Quizás esta biblioteca haya nacido para salvar los libros que contiene, pero ahora vive para mantenerlos sepultados. Por eso se ha convertido en pábulo de impiedad”.*

La expresión “pábulo de impiedad” indica que los libros de la biblioteca de la abadía ya están quemados antes de que ocurra el desastre final, porque la palabra pábulo traduce el italiano *fomite* que significa cebo, y en español, existe el pabulo para designar la mecha de una vela o la parte quemada de la misma. Finalmente, el bibliotecario desquiciado comete suicidio por bibliofagia comiéndose las páginas envenenadas de la *Poética*; bibliofagia y bibliocastia aunadas en un final apocalíptico, que provoca indirectamente el incendio que reduce a cenizas la biblioteca y el monasterio entero.

Guillermo de Baskerville decía que “el bien de un libro consiste en ser leído”. La biblioteca como un espacio donde se cobijan y guardan los libros a la espera de alguien que los lea se ha transformado a lo largo de este escrito en una suerte de *hilo de*

*Ariadna* que me permite ir urdiendo este entramado argumentativo que ha tenido como motivación el *donoso escrutinio cervantino*. La biblioteca y, por ende, los libros protagonista en cierto modo en Cervantes, lo han sido en el profesor de Bolonia y lo es también en el peruano Fernando Iwasaki, en su reciente novela *Neguijón* (2005). Los sortilegios de la biblioteca activan los mecanismos de la imaginación en cada uno de los autores involucrados: Cervantes, Eco, Iwasaki.

La novela del peruano se sostiene estructuralmente sobre la base de los libros; puedo afirmar que se trata de un relato cuya textualidad gravita en torno a los libros acerca del neguijón, aquel gusano cuya búsqueda obsesionó a los sangradores y dentistas de los siglos de nuestro Renacimiento y Barroco hispánicos, y que se escondía entre los dientes para ponerlos putrefactos. En las épocas aludidas los dentistas se desvivieron por encontrarlo y se escribieron tratados acerca de él, pero nunca lo hallaron. La novela de Iwasaki revive dicha búsqueda a través de una novela delirante que tiene como protagonista a Gregorio de Utrilla, un quijotesco sacamuelas que casi con actitud demencial, busca y rebusca en las encías de los sufridos y sufrientes pacientes el temido neguijón. Se trata de una novela escrita casi cervantinamente, pues los préstamos y giros lingüísticos y temáticos que provienen de la discursividad de Cervantes son evidentes, como también los guiños a su escritura.

Argumenta el autor peruano que:

*“La biblioteca del Neguijón es un inventario de la cultura y la erudición del Siglo de Oro, un siglo de viajes y descubrimientos, pero también de disparates y*

*supersticiones. Alonso Quijano enloqueció por leer libros de caballerías, aunque habría terminado igual de loco si hubiera leído libros de mística o de medicina”<sup>10</sup>.*

La misma idea la planteó en su *Breviario del Quijote*<sup>11</sup>, el escritor colombiano Eduardo Caballero Calderón en la década del cuarenta del siglo pasado, quien manifestaba que si en la biblioteca del manchego hubieran habido las crónicas de Indias que se estaban publicando en Sevilla, don Alonso Quijano trasmutado en don Quijote hubiese sido conquistador; o si hubieran abundado los libros de místicas o de teología, entonces hubiera sido un santo; pero si en sus manos hubiesen caído las truhanerías del Arcipreste, el clérigo goliardesco de Hita, don Quijote no habría sido el Bueno, sino el Bellaco. E Iwasaki lanza la idea de que si hubiera leído libros de medicina como los referidos al neguijón, se hubiera obsesionado por su búsqueda en una época histórica traspasada por los claroscuros más intensos del barroco.

Dentro de los guiños discursivos de la novela del peruano a la novela cervantina, está un episodio que tiene como eje el espacio de la enfermería que se convertirá en refugio y protección en los disturbios producto de la insurrección de los presos de la cárcel de Sevilla en enero de 1598. Para parapetarse dentro de ese espacio, el capellán ordena entonces “apuntalar el valladar con los libros de la enfermería y la biblioteca personal del padre León”. En ese espacio se reunirán un aprendiz de barbero, un capellán, un librero, un ex templario, un gentilhomme provinciano y un misterioso personaje apodado “Muñones”, que resultará ser el futuro autor del Quijote.

---

<sup>10</sup> Iwasaki, Fernando: *Neguijón*. Madrid: Alfégar. 2005. Las citas de más adelante tomadas de esta edición.

<sup>11</sup> Caballero Calderón,, Eduardo: *Breviario del Quijote*. Santafé de Bogotá: Panamericana editorial. 1997.

Este episodio es, evidentemente, una reescritura del episodio cervantino del capítulo VI, que como lo dije al comenzar, dio origen a una caterva de imitaciones. Mientras en el capítulo de Cervantes, Cura y Barbero van examinando los libros para ver cuáles van a dar a la hoguera, acá en la novela del peruano, el capellán Tortajada los recibe del librero Linares y del tal “Muñones”, con *“la esperanza de que hallara algunos que no merecieran ser forraje de empalizada”*. El capítulo es magistral en cuanto reescritura, metarreferencialidad e intertextualidad. El capellán Tortajada en medio de la contienda y el desorden de los disturbios, se da tiempo para justificar el porqué algunos van a dar a la trinchera y porqué otros no. Es un capítulo hilarante de ironía posmoderna; para muestra, tres calas:

*“Los primeros libros que metió en la trinchera fueron El Símbolo de la Fe y Guía de pecadores, porque el capellán consideraba que fray Luis de Granada era lectura de beatas y mentecatos que luego fingían visiones y arrobos que más bien eran disparates”*.

*“El capellán Tortajada reprendió al “Muñones” y a Linares cuando los descubrió compungidos por la suerte de las crónicas de sucesos y conquistas de los reinos de Ultramar, pues aquellas repúblicas eran un despreciable imperio de apóstatas y herejes”*.

*“Para romper el silencio escalofriante que reinaba en la enfermería, el “Muñones” comentó que nunca un barbero y un cura habían pergeñado escrutinio de librerías tan donoso, aunque deploró la ausencia de libros de aventuras y caballerías en barricada tan aguerrida como ilustrada”*.

Probablemente el nombre de Teodoro Quijada a más de alguno de los lectores no les diga nada. Pero sí, el apellido del mismo, por cuanto si me atengo a lo que dice el narrador cervantino el ilustre manchego “tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada”. Por otra parte, Martín de Riquer en una libro ya clásico, sostiene que la elección del apellido Quijote por parte de Cervantes para su personaje, pone de relieve un acierto de comicidad por cuanto “mantiene la raíz de apellido del hidalgo (Quijada o Quijano) y lo desfigura con el sufijo –ote, que en castellano siempre ha tenido un matiz ridículo”<sup>12</sup>. Pues bien, el nombre de Teodoro Quijada lo he extraído de una novela chilena que fuera publicada en el año 1995.

Porque si el Cura y el Barbero, el capellán Tortejada, el librero Linares y el tal “Muñones”, realizaron el escrutinio de las respectivas librerías-bibliotecas, y Guillermo de Baskerville nos decía que “el bien de un libro consiste en ser leído”, el que escribe estas líneas también ha realizado su propio escrutinio como bibliófilo que es, encontrándose con la novela de Darío Oses titulada *Caballero en el desierto*, cuyo subtítulo es *Novela de caballería de fines del siglo XX*<sup>13</sup>. La novela tiene como protagonista al mentado Teodoro Quijada, don Tolo, quien *frisaba la edad* de sesenta años y cuarenta años de servicio, pero que todavía se enamora de Polonia Pedregal y sueña con emprender una aventura heroica. Es un profesor quijotesco, cuyas clases con sus teorías disparatadas y sus descabelladas prácticas pedagógicas terminan con la mitad del curso en la cárcel y la otra mitad en el hospital. Las cosas se complican cuando entra en escena Polonia, una astróloga con mucho de hechicera, que empuja al idealista don

---

<sup>12</sup> De Riquer, Martín: *Aproximación al Quijote*. España: Salvat Editores. 1970.

<sup>13</sup> Oses, Darío: *Caballero en el desierto. Novela de caballería de fines del siglo XX*. Santiago: Editorial Andrés Bello. 1995.

Tolo a una extraña expedición. En lugar del caballo, el héroe usa una moto y corre acompañado por su hijo, Quintín, un joven despistado e indolente.

La novela nos presenta en don Tolo a un personaje que posee la capacidad de idealizar y rescatar los valores en un momento en que parecieran ser desbastados por una sociedad posmoderna. Cada uno de los personajes de esta novela constituyen una galería de idealistas y desorientados actantes, cuyos proyectos terminan en el más estruendoso fracaso. La novela, en cierto modo, es un alegato contra la tiranía de la racionalidad –sostenía el autor en una entrevista que le hicimos en el momento de la edición de la obra-, y de la lógica que se ha impuesto en nuestra sociedad, la que excluye todas las formas de ver el mundo que se relacionan con la locura.

Saliendo con el hilo de Ariadna del laberinto de los libros que constituyen una biblioteca como la que tiene don Quijote antes de su quema, o la del *Neguijón* que acaba siendo trinchera, o la de la abadía de Jorge de Burgos cerrada para los legos, o la del propio Borges –biblioteca universo que contiene en sí todos los libros-, o de la mía propia con sus *ex libris* incluidos, tengo la sensación de que todo acaba en un solo personaje que somos cada uno de nosotros que sabemos que *el bien de un libro consiste en ser leído*, Guillermo de Baskerville, *dixit*, es decir, en el lector, lector real y concreto, lector histórico o transhistórico, lector hipertextual, o como quiera llamársele, que no es más que el verdadero héroe de la biblioteca, una de las cuales al ser leída por un bibliófilo y bibliómano a ultranza, permitió la más extraordinaria aventura de un ilustre manchego llamado Alonso Quijano-Quijote, el Bueno.

Bibliografía

Caballero, Eduardo: *Breviario del Quijote*. Santafé de Bogotá: Panamericana Editorial, 1997.

Cervantes, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: RBA Coleccionables, 1999.

De Riquer, Martín: *Aproximación al Quijote*. España: Salvat Editores, 1970.

Eco, Umberto: *Sobre literatura*. Barcelona: Océano RqueR, editorial, 2002.

Iwasaki, Fernando: *Neguijón*. Madrid: Alfaguara. 2005.

Morales, Eddie: *De literatura y religiosidad*. Valparaíso: Ediciones de la Facultad de Humanidades, UPLA., 1999.

Osses, Darío: *Caballero en el desierto*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1995

Romera, Ángel: “Estela de los bibliocautos generados por un capítulo de Don Quijote”, en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero29/escrutin.htm/>

Stephens, Walter: “Un Eco in fabula”, en: *Ensayos sobre El Nombre de la Rosa*. Barcelona: Editorial Lumen, 1997.